

recuerda las costumbres caballerescas; pero la barbarie estaba todavía muy potente, puesto que era necesario un convenio para impedir al vencedor el satisfacer una innoble venganza sobre el cadáver del vencido. Este convenio no siempre era respetado; Aquiles no accedió á las súplicas de Hector que le pedia sepultura. Tuvieron que intervenir los dioses. Conmovidos inducen á Mercurio á robar á Hector; el consejo era aprobado por todos los inmortales, excepto por las divinidades á quienes extraviaba su odio á la ciudad de Troya. Pero Júpiter quiere que Aquiles mismo entregue el cadáver á Príamo; encarga á Tétis que lleve sus órdenes al héroe griego (1).

Una discordia se suscitó entre los dioses acerca de la reprobación de la conducta de Aquiles; Minerva misma se encontraba entre las divinidades cuya cólera no calmó la muerte de Hector: hé aquí un testimonio notable de la ferocidad de las costumbres heroicas: los hombres atribuían sus sentimientos á los dioses, y la venganza era la más violenta de sus pasiones. Sin embargo, cuando el deseo de venganza no ciega á los dioses, recobran su superioridad sobre los hombres: tomados en su conjunto, tienen una moral más elevada. La piratería da la gloria á los héroes; pero los que son víctimas de su bandolerismo apelan á la justicia divina; no pueden creer que gusten á los inmortales las acciones impías (2). Por largo tiempo habia sido considerado como legítimo todo medio de hacer daño al enemigo; las tradiciones sobre Hércules están conformes en atribuir al héroe griego el uso de flechas envenenadas (3). En los poemas de Homero estas armas, dignas de un pueblo salvaje, no están rechazadas por la conciencia general; pero ya el temor de ofender á los dioses induce á un príncipe á negar á Ulises el veneno mortal que el rey de Itaca le pide para impregnar sus flechas (4). El respeto de los dioses empieza á suavizar los horrores de la guerra, poniendo á los hombres y á las cosas sagradas al abrigo de las violencias (5). La protección de los

(1) ILIAD., XXIV, 23 y sig.; 107 y sig.

(2) ODYSS., XIV, 83 y sig.

(3) APOLLODOR., II, 5, 2.

(4) ODYSS., I, 263.

(5) IBID., IX, 197 y sig.

dioses no se extiende aún más allá de sus santuarios; ellos mismos toman parte en los combates, y la vida de los mortales, cuando no tienen con ellos lazos particulares de union, les es indiferente. Sin embargo, la religion helénica es esencialmente humana; la sangre le repugna; mancha, aunque sea derramada en combate legítimo. Hector, cubierto de polvo y de sangre, no se atreve á implorar á Júpiter: no deben, dice el poeta, ofrecerse libaciones á los dioses con manos impuras (1).

Los tratados que ponían fin á las hostilidades no eran frecuentemente más que treguas; sin embargo, la religion trató de asegurar su observancia. Ya en la edad heroica se habia sentido la necesidad de mantener algunas relaciones pacíficas, aún entre enemigos. Los heraldos servían de intermediarios para llevar proposiciones de un campo á otro. *Homero* los llama los ministros de los dioses y de los hombres (2). La religion les imprimió un carácter divino; eran sagrados, inviolables (3). Ceremonias religiosas presidian á la celebracion de los tratados (4). *Homero* las pinta fielmente. Los heraldos recogen las prendas de los juramentos; mezclan el vino en la copa y derraman el agua sobre las manos de los reyes. El hijo de Atreo corta lana de la cabeza de los corderos, y los heraldos la distribuyen á los jefes de los Troyanos y de los Griegos. Despues Agamenon pronuncia en alta voz una plegaria, elevando sus manos al cielo: «Júpiter, padre nuestro, tú que reinas sobre el Ida, dios glorioso y poderoso, Sol que ves y sabes todas las cosas; Rios, Tierra, y vosotras, divinidades que en los infiernos castigais despues de su muerte á los perjuros, sed nuestros testigos y mantened la fidelidad de nuestros juramentos.» Despues de esta oracion, degüella los corderos y los deja palpitantes en tierra. En seguida todos, poniendo vino en la copa hacen libaciones á los dioses, y cada uno de los Griegos y de los Troyanos se expresa en estos términos: «Grande y glorioso Júpiter, y vosotros todos,

(1) ILIAD., VI, 266.

(2) IBID., I, 334; VII, 274.

(3) IBID., IV, 192.—POLLUX, VIII, p. 159. Hércules se atrevió á ultrajar á los embajadores; este atentado fué reprobado por la conciencia nacional (PAUSAN., IX, 25, 4.—APOLLODOR., II, 4, 11).

(4) FEITH., *Antiq. Homer.*, IV, 17.

dioses inmortales, haced que cualesquiera que sean los primeros que violen los tratados, sus sesos y los de sus hijos sean derramados en tierra como este vino» (1). En una edad en que reinaba el derecho del más fuerte sentían los hombres instintivamente que la fe de los juramentos era el único lazo del orden social: por esto, aún los mismos dioses eran castigados por sus perjuros (2).

§ V.—Tendencias pacíficas de la edad heroica.

El castigo del perjurio no era una garantía suficiente para reprimir las pasiones de una edad que no reconocía más que un derecho, la fuerza. Demasiado frecuentemente se dejaban arrastrar los dioses y los hombres por la sed de venganza, á violar la fe jurada. Así los tiempos heroicos nos presentan por do quiera el espectáculo de la lucha entre la barbárie primitiva y la civilización naciente. La victoria en esta lucha no es nunca dudosa. Ya en los poemas homéricos la sociedad no es exclusivamente guerrera; es cierto que en ellos domina la violencia, pero se manifiestan ya costumbres más dulces, y los gustos pacíficos revelan el carácter y la misión de la raza helénica.

Se ha comparado á los Griegos con los pueblos del Norte (3). Hay, ciertamente, rasgos de semejanza entre los atrevidos corsarios de la Escandinavia y los héroes de la Grecia que recorrían los mares como piratas. Pero la analogía es más aparente que real. Aunque viviendo en un estado permanente de hostilidades, los Griegos consideraban la guerra como una calamidad. Poblaciones enteras se entregaban á las ocupaciones de la paz, y no conocían los horrores de la guerra más que por los cantos de sus poetas (4). Parece que bajo el dulce cielo de la Grecia las costumbres de los hombres no podían seguir siendo por mucho tiempo duras y sal-

(1) ILIAD., III, 268, sig. C. XIX, 259 y sig.

(2) HESIOD., *Theogon.*, 784-795.

(3) BULWER, *Athens*, I, 3.

(4) Véase el cuadro, un poco idealizado, de la vida fenicia. (ODYSS., VIII, 246 y sig.)

vajes. Aún entre los héroes de Homero se unía la afición á los combates al gusto de los trabajos pacíficos. Sobre el escudo de Aquiles representa el poeta escenas de la vida campestre al lado de las imágenes de la guerra (1). Los reyes y los príncipes tomaban parte en los trabajos del campo (2), y abandonaban con pena sus pacíficas ocupaciones por los gloriosos trabajos de Marte. Ulises, fingiéndose loco para no marchar al sitio de Troya, no era una excepción: esta acción, que hubiera cubierto de vergüenza á un hombre del Norte, no empañó la gloria del favorito de Minerva. Los Griegos y los Troyanos se regocijaron de la proposición de un combate singular entre Menelao y Páris, con la esperanza de que tuviesen un fin sus funestas disensiones. Tenían prisa de dejar las costas de Troya, «para volver á sus hogares, donde las mujeres y los niños languidecían esperando su vuelta» (3). Este cansancio de la guerra se apoderaba algunas veces de los jefes, á quienes el amor á la gloria hubiera debido sostener en sus rudos trabajos. Más de un héroe participaba de los sentimientos que Aquiles expresó en un momento de desaliento: «Todo su deseo, dice, es poseer una mujer y gozar en paz de los bienes que había reunido su padre. Nada iguala para él al precio de la vida, ni todas las riquezas que poseía en otro tiempo la opulenta Ilion, ni los tesoros que encierra el templo de Apolo Pítico. Pueden volverse á adquirir rebaños de bueyes y de ovejas, magníficos trípodes, corceles con crines de oro, pero nada puede reanimar el alma del hombre; huye, para no volver, cuando se ha escapado de nuestros labios el último suspiro» (4). Estas pacíficas tendencias eran todavía más marcadas entre los Troyanos, Griegos también, pero más civilizados que sus hermanos de Europa. Los vencidos imploraban la vida de sus vencedores; los padres de los héroes que sucumbían en el campo de batalla pasaban el resto de su vida en las lágrimas y el dolor (5).

(1) ILIAD., XVIII, 550 y sig.

(2) ODYSSE., XXIV, 225 y sig. C. XVI, 140.—ILIAD., VI, 424.—C. FEITH., *Antiq. Homer.*, IV, 1, 5.

(3) ILIAD., II, 73 y sig.; 134-141, 142 y sig.; 149-165, 283-332.

(4) IBID., IX, 398 y sig.

(5) IBID., V, 156 y sig.; III, 305 y sig.; XXII, 408 y sig.

Compárese estas costumbres dulces hasta la molición con las de los Escandinavos. Una muerte violenta no es para ellos una desgracia, es el fin de la vida; impacientes por alcanzarlo, se lanzan á la pelea, no tanto para vencer como para perecer en ella. El primer voto que hace una madre por su hijo es que perezca combatiendo. ¿Cuál es la felicidad que espera á los héroes después de su muerte? Una eternidad de sangrientas luchas. El Walhalla resuena al choque de las lanzas y de las espadas; la sangre corre, el paraíso está sembrado de guerreros muertos por segunda vez; pero sus heridas se cierran y ellos resucitan para volver á comenzar una nueva vida de combates. El palacio de Odin no se abre más que á los guerreros muertos en el campo de batalla, mientras que las puertas del Walhalla permanecen cerradas para todos los que salen pacíficamente de la vida, por valientes que sean. Así es que los héroes del Norte no tienen más que un temor, que es el de morir tranquilamente; los que no tienen la suerte de encontrar la muerte en los combates, la buscan en el suicidio (1).

Hé aquí costumbres guerreras; es la barbarie llevada hasta el heroísmo. Los héroes de Homero que en la mansión de las sombras echan de menos la vida, hubieran pasado por cobardes en el palacio de Odin. Estas tendencias pacíficas de la edad primitiva de los Griegos nos revelan su misión. No están destinados á ser un pueblo conquistador; deben ilustrarse por los trabajos de la inteligencia más que por las empresas de la guerra. Encontraremos igualmente en las relaciones internacionales de los tiempos heroicos los elementos del futuro derecho de gentes de las ciudades helénicas.

§ VI.—Relaciones internacionales.—Hospitalidad.—Comercio.—Los Argonautas.

I.

La incapacidad de concebir la unidad se manifiesta entre los Griegos más que en cualquier otro pueblo del mundo antiguo. Es

(1) MALLET, *Introducción á la Historia de Dinamarca*, c. IX.

manifiesta en el orden religioso. Los dioses estaban reunidos en el Olimpo; éste era un primer paso fuera del individualismo primitivo, pero esta asociación no impidió la división. Cuando los dioses se dividieron la tierra, cada uno se apropió ciertas localidades en las que se les tributaban honores particulares (1). Esta división fué para los inmortales motivo de discusiones y de guerras: se disputaron la posesión de los países más bellos, tratando de seducir á los habitantes con promesas y beneficios (2). El dios elegido fué el protector de la ciudad, la que le tributaba un culto especial. Resultaba de aquí que las hostilidades de los pueblos desgarraban también el Olimpo. Durante la guerra de Troya se dividen los dioses en dos campos enemigos; emplean alternativamente la astucia y la fuerza para conseguir ventajas sobre sus adversarios. En fin, Júpiter les permite tomar abiertamente parte en la lucha, únicamente él permanece neutral. El padre de los dioses y de los hombres tiene un carácter más universal que las demás divinidades; da la victoria á Aquiles pero también le es querido Hector. No aborrece á Patroclo, aunque ama á Sarpedon; se interesa igualmente por Ajax y por Hector. Se ve obligado á abandonar á Troya á su destino, pero lo hace con sentimiento (3). Sin embargo, Júpiter no merece el título de Dios de todos los Griegos y mucho menos el de Dios de todos los hombres. No son los sentimientos de padre los que le inspiran cuando para satisfacer la cólera de Aquiles hace que los Griegos se entreguen á la carnicería. Pasiones individuales determinan sus acciones y pesan más para él que la felicidad de la generalidad de los hombres. No ha podido impedir la muerte de Sarpedon su hijo; un encarnizado combate tiene lugar entre Griegos y Troyanos alrededor de su cuerpo; para hacerlo más espantoso, Júpiter extiende una noche funesta sobre los combatientes (4).

(1) APOLLONOR., III, 14.

(2) Véanse ejemplos de estas luchas entre Minerva y Neptuno, respecto de Atenas (APOLLONOR., III, 14, 1) y de Trezenes (PAUSAN., II, 30, 6); entre el Sol y Neptuno respecto de Corinto (PAUSAN., II, 1, 6); entre Juno y Neptuno respecto de la Argólida (PAUSAN., II, 15, 5).

(3) ILLAD., VI, 318; XVII, 270 y sig.; VII, 280, IV, 44 y sig.

(4) IBID., XVI, 567 y sig. C, 433.

Así el mismo padre de los dioses no se desprende del individualismo que forma la esencia de la religion pagana. Se ha buscado el origen en influencias locales históricas (1). Hay una causa más profunda y que consiste en la limitacion del espíritu humano que comienza por referir todo á un círculo estrecho, antes de generalizar sus concepciones. El niño apenas comprende las relaciones y los intereses de la pequeña asociacion donde ha visto la luz del día; del mismo modo los pueblos, en la infancia de las sociedades, no extienden sus miradas más allá de su ciudad ó de su tribu. Cada individuo tiene su Dios; cada ciudad tiene el suyo. El Olimpo es la imagen de las relaciones que existen sobre la tierra. El Estado no existia todavía: sólo en la isla de los Feacios, trece jefes se dividian el imperio (2) y la misma division reinaba en toda la Grecia. Entre las grandes empresas de Teseo, considerábase como la más admirable el proyecto que ejecutó de formar un solo pueblo de los habitantes del Atica; hasta entonces estuvieron dispersos en muchos pueblos que se hacian la guerra unos á otros (3). Comenzando apenas á formarse los estados no podia haber lazos entre las poblaciones griegas; no tenian ellas todavía conciencia de su nacionalidad. Tucídides nota que Homero no emplea la palabra Bárbaro, y da la razon de ello: que los Griegos no se habian designado á sí mismos todavía con un nombre distintivo opuesto al de extranjero (4).

La Grecia no llegó jamás á formar un cuerpo de nacion; solamente hubo algunas tentativas de hegemonía. Este sistema debia estar en armonía con las tendencias de la raza griega, porque se le ve ya apuntar en los tiempos heróicos. Minos ejercia una especie de supremacía marítima en el mar helénico. Agamenon debió á su poder el mando en la expedicion de Troya (5). Esta guerra es, segun Tucídides, la primera empresa para que se han reunido los Griegos (6). No hay en toda la historia un suceso que

(1) HERMANN., *Griech. Staatsalterth.*, t. II, p. 53-71.

(2) ODYSS., VIII, 290 y sig.

(3) PLUTARCHE., *Thea.* 24.

(4) THUCYD., I, 3.

(5) IBID., I, 4, 9.

(6) IBID., I, 3.

haya adquirido tanta celebridad como el sitio de Troya. A la poesía deben Aquiles y Hector su gloria inmortal; hasta las ruinas de Ilión (1) han desaparecido, pero el génio del poeta es más poderoso que la fuerza destructora del tiempo. La tradicion decia que el juramento de los pretendientes de Helena habia obligado á los príncipes griegos á seguir el partido de Menelao. Esta explicacion poética no satisfizo siempre á la Grecia. En la época en que se empeñó un combate á muerte entre la raza helénica y los Persas, las primeras hostilidades entre la Grecia y el Asia fueron consideradas como el preludio de una lucha más seria (2). En este nuevo orden de ideas la guerra de Troya cambió de carácter; se vió en ella el triunfo de la Europa sobre el Oriente (3). El cantor de Eneas, al adoptar esta opinion, le dió la autoridad del génio (4). La filosofía de la historia mantiene á la guerra de Troya en el sitio que le asignó Virgilio. El primer choque entre el Oriente y el Occidente fué un paso hácia la union de los dos mundos, por tanto tiempo enemigos, pero cuya reconciliacion es una necesidad para la armonía del género humano.

Se ha atribuido á la guerra de Troya una gran influencia sobre el desarrollo del espíritu nacional de los Griegos; diez años de combates en una tierra extranjera, los peligros compartidos, una gloria comun, hubieran debido, al parecer, hacer un cuerpo de nacion de las diversas tribus reunidas bajo un solo mando (5). Pero la historia no confirma estas conjeturas. Los Griegos continuaron estando divididos. Tratábanse como extranjeros de una ciudad á otra, y el extranjero era confundido con el enemigo. Para el extranjero ó el enemigo no habia derecho ni humanidad. Un

(1) «*Etiám perire ruínæ*» (LUCAN., *Pharsal.*, IX, 968 y sig.).

(2) HERODOTO dice que los Persas atribuian á la guerra de Troya el odio que tenian contra los Griegos (HEROD., I, 5); hace remontar hasta los tiempos mítológicos las hostilidades de los Griegos y los asiáticos (HEROD., I, 1-5). LICOPHRON ha vuelto á ocuparse de estas tradiciones y ha seguido su marcha desde el rapto de Io por los Fenicios hasta Alejandro Magno (LICOPHR., v. 1291-1439).

(3) Elena dice en EURÍPIDES que por la ruina de Troya escapó Grecia de la dominacion de los Bárbaros (TROAD., v. 933 y sig.). Gracias á Elena, dice ISÓCRATES, no son los Griegos los esclavos de los Persas (*Helena laudatio*, núm. 67).

(4) *Aeneid.*, VII, 223-225.

(5) HEEREN., *Griechenland*, 4.^a sec., p. 118 y sig.

drama de Eurípides ofrece un testimonio espantoso. El rey de los Tracios asesina al último hijo de Hecuba por apoderarse de su oro; cuando la desgraciada madre pide á Agamenon que vengue este asesinato y la hospitalidad violada, el Gran Rey responde que no se atreve porque el ejército mira al Tracio como su aliado y á Polydoro como su *enemigo* (1).

II.

La hospitalidad era, como se ve, una garantía no muy eficaz cuando las malas pasiones inducian al huésped á violarla. Sin embargo, los Griegos eran de todos los pueblos antiguos los que tenían más elevada idea de estas relaciones (2). Es preciso leer en la *Odisea* los detalles de la hospitalidad primitiva (3): no se encuentra en ningún poeta de la antigüedad un sentimiento más vivo y más delicado de los deberes que impone (4). El extranjero, dice *Homero*, es como un hermano para todo hombre que siente en su corazón la más ligera compasión (5). La necesidad de encontrar un apoyo fuera de los límites de la ciudad, disponía á ofrecer al viajero los cuidados que se habían reclamado para sí mismo, ó que podían necesitarse un día (6). «Yo no he olvidado, dice Teseo en *Sófocles*, que en mi infancia estaba en una tierra extranjera, y que errante, fuera de mi patria, corrí los mayores peligros: por eso no rechazaré jamás al que pide hospitalidad» (7). La religión sancionó las relaciones á que habían dado lugar la necesidad ó la conmiseración. *Homero* repite muchas veces que los extranjeros y los pobres vienen de Júpiter (8). Los dioses vengaban

(1) EURÍP., *Hecub.*, v. 857-859.

(2) Acerca de la hospitalidad de los tiempos heroicos, véase FEITH, *Antiq. Homer.*, III, 12, 13; WACHSMUTH, *Jus gentium*, p. 43.

(3) ODYSS., XIV, in.; XVII, 336-487.

(4) IBID., XV, 74 y sig.

(5) IBID., VIII, 546 y sig.

(6) POLLUX, *Onomast.*, III, 60.

(7) OEDIP., *Col.*, 562-568.

(8) ODYSS., VI, 207 y sig., XIV, 508. La creencia de que los dioses, bajo la forma de viajeros, recorrían las ciudades para conocer la violencia ó la justicia de los hombres, aumentaba el respeto que se tenía á los huéspedes (ODYSS., XVII, 483-487).

ban la violación de la hospitalidad. Menelao amenaza á los Troianos con la cólera de Júpiter; él destruirá algún día su ciudad soberbia, porque, sin haber recibido injuria alguna, ellos han robado á su esposa, que los había recibido con afabilidad (1).

La hospitalidad tenía la fuerza de los lazos de familia; los derechos y los deberes que creaba eran hereditarios, como los que nacen de la sangre (2). Preciso es que el poder de estas relaciones haya sido muy grande, puesto que bastaba recordarlas para hacer caer las armas de manos de los combatientes. Glaucó y Diomedes se adelantan en medio de los dos ejércitos, ardiendo en deseos de combatir; cuando están cerca uno de otro, el Griego dice al Troiano que aún no le ha visto en los combates; le pregunta cuál es su patria: «¿Por qué, responde Glaucó, me preguntas cuál es mi origen? El nacimiento de los hombres es como el de las hojas. El viento extiende las hojas sobre la tierra; pero el bosque fecundo produce otras nuevas cuando llega la primavera; así nacen y se extinguen las razas humanas. Sin embargo, si quieres saber mi origen y el de mis padres, escúchame.» La narración de Glaucó enseña á Diomedes que sus abuelos han estado unidos por los santos lazos de la hospitalidad; lleno de alegría, clava su lanza en tierra y dirige á su adversario estas dulces palabras: «Así, pues, yo soy para tí en Argos un huésped querido, como tú lo serás para mí en la Licia, cuando yo vaya á esos pueblos. Evitemos que nuestras lanzas se encuentren aún en la pelea.... Cambiemos nuestras armas, para que todos sepan cuánto honramos la hospitalidad que en otro tiempo unía á nuestros padres.» Los dos, á estas palabras, se lanzan de sus carros, se dan la mano y se juran una fe constante (3).

Si se juzgase la hospitalidad antigua según este magnífico episodio, se vería uno inclinado á ver en ella una protección eficaz á la debilidad del extranjero; pero la realidad estaba lejos de responder al ideal de la poesía. Los poemas mismos de Homero

(1) ILIAD., XIII, 620 y sig. C, III, 350 y sig.

(2) ODYSS., I, 187, XV, 197.

(3) ILIAD., VI, 119-236.

nos muestran las costumbres luchando con la barbarie primitiva. No todos los pueblos eran amigos de los extranjeros; cuando el poeta quiere caracterizar á los hombres civilizados, dice que son hospitalarios, que su alma respeta á los dioses; á su lado hay también hombres crueles, salvajes sin justicia (1). Si los palacios de los héroes estaban siempre abiertos al extranjero, ¿no habia en cambio reyes ó bandoleros famosos por la crueldad con que trataban á los desgraciados viajeros? (2). Aun los pueblos cuya dulzura ensalza Homero atestiguan la indiferencia hácia los extranjeros: los Feacios, dice, «acogian sin benevolencia á los que venian de países lejanos» (3). La hospitalidad antigua, que nos aparece bajo tan seductores colores era un hecho muy raro. Los extranjeros que figuran como huéspedes en los poemas homéricos pertenecen á las primeras ó á las últimas clases de la sociedad; son ó héroes ó mendigos. Y aun estos últimos no eran siempre bien recibidos. Los pobres viajeros se veian obligados á refugiarse en alguno de aquellos edificios públicos que servian de lugar de reunion á los habitantes sociables de la Grecia; si el frio de la noche les hacía desear mejor abrigo, tenian que buscarlo en las fraguas: á ellas es adonde la impúdica Melantho envia á Ulises, á quien tomó por un mendigo (4). Los suplicantes estaban bajo la proteccion especial de Júpiter (5). En las sociedades en que el orden y la justicia están asegurados, el derecho de asilo sería el mayor de los abusos; en una edad en que reinaba el derecho del más fuerte, el extranjero que huía de la persecucion de sus enemigos era más bien desgraciado que culpable. Los artesanos, los profetas, los descendientes de Esculapio y los mortales inspirados por los dioses cuyos cantos hacian las delicias de los héroes gozaban igualmente de los beneficios de la hospitalidad (6). Pero la clase más numerosa de los viajeros, los comerciantes, no figuran entre los huéspedes; apé-

(1) ODYSS., VIII, 575 y sig.; IX, 175 y sig.; XIII, 200-203.

(2) Sinnis, Scyron, Procusto, Echetus, Anteo, son famosos por su barbarie (APOLLOD., II, 5, 11).

(3) ODYSS., XVII, 15 y sig.; 30 y sig.

(4) IBID., XVIII, 328 y sig.—Compárese el comentario de EUSTATHE, p. 1848.

(5) IBID., VII, 165, 181; IX, 270.

(6) IBID., XVII, 383 y sig.

nas abandonaban sus barcos más que para enseñar sus mercancía (1): piratas lo mismo que traficantes, ¿cómo habian de ser recibidos bajo el techo de la hospitalidad?

III.

La hospitalidad de la edad heroica era insuficiente para mantener entre los hombres relaciones numerosas y regulares. En realidad apenas empezaba á sentirse la utilidad de relaciones pacificas. Habia algunos pueblos comerciantes, los Feacios, los Creteneses (2). Los príncipes tomaban una participacion directa en los negocios (3). Pero el comercio era poco estimado, aun entre las naciones que se dedicaban á él. Ulises sufrió ultrajes públicamente en el palacio de Alcino, porque parece retroceder ante los juegos que exigen fuerza y valor; se le compara á un hombre que poseyese buenos barcos, que no se ocupase más que del tráfico y que no pensase más que en sus mercancías amontonadas con avidez (4). El único comercio que agradaba á los Griegos era la piratería. Ulises nos lo muestra en la ficticia narracion de aventuras que hace á Eumeo: «Antes que los hijos de los Aqueos partiesen para Ilión, conduje nueve veces sobre rápidos barcos guerreros á pueblos extranjeros y obtuve siempre abundantes ganancias. Yo tomaba primeramente la mejor parte del botín, y luego por la suerte obtenia otras. Así hice crecer bien pronto la opulencia de mi casa, y llegué á ser, entre los de Creta, un ciudadano poderoso y considerado» (5).

Sin embargo, la civilizacion naciente volvia á los habitantes de la Grecia ávidos de objetos de lujo trabajados por naciones industriosas; pero no eran los barcos griegos los que iban á buscar á Sidon los vasos preciosos y los brillantes adornos; los Fenicios iban á llevárselos por sí mismos á los Griegos (6). La navegacion

(1) ODYSS., XV, 415 y sig.

(2) IBID., VII, 34-36.—THUCYD., I, 4.—C. ODYSS., XIV, 248 y sig.

(3) IBID., I, 184 y sig.

(4) IBID., VIII, 158 y sig.

(5) IBID., XIV, 222 y sig.

(6) IBID., XIV, 288; XV, 414.—ILIAD., XXIII, 742.